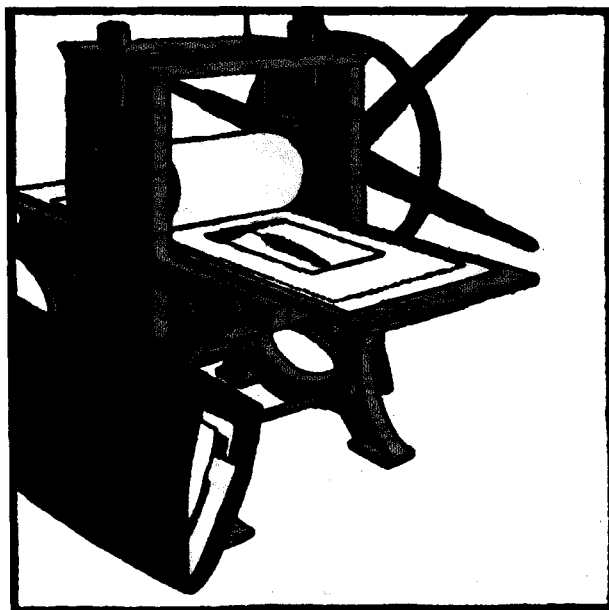


AÑO 1983 - DICIEMBRE - NUMERO 306

EL LIBRO ESPAÑOL



REPROGRAFIA: EL DESAFIO DE LAS
FOTOCOPIADORAS

«DEL LIBRO Y SU FUTURO»: LA LETRA
IMPRESA ANTE LA REVOLUCION
TELEMATICA

«LIBROS Y COMESTIBLES»:
BIBLIOGRAFIA GASTRONOMICA

Lázaro Carreter-Vidal Beneyto: Del libro y su futuro

- Dos especialistas de la cultura debaten el porvenir de la letra impresa.

¿Puede desaparecer el libro? ¿Puede, este objeto preñado de sufrimientos y de gozos, de tierna cotidianidad, convertirse en cosa de museos, es decir, en cosa del pasado? Se le abren las carnes a cualquiera que vea la casa invadida por estos bloques de papel queridos,

entintados, cosidos, hasta pegados por un lomo; pero es cierto: las nuevas tecnologías, la revolución tecnológica puede, con su silenciosa extensión tentacular, conseguir lo que las inquisiciones y las barbaries de los quemadores de bibliotecas no pudieron jamás. Y esta posi-

Las nuevas tecnologías son el soporte de nuevas formas del libro



bilidad divide el mundo culto en dos posiciones recelosas, asustadas, urgidas ambas por una realidad que está ahí, exigiendo eso, tomas de postura. Por un lado, la de los optimistas, los progresistas en el sentido más estricto de la palabra, los que confían en que el sentido de la historia es el progreso, está en el futuro y seguramente será mejor. Hay muchas razones para ponerse del lado del audiovisual y, sobre todo, para defender la nueva biblioteca, que es lo que hace en este reportaje el profesor José Vidal Beneyto, y son razones coherentes, humanísticas, para entendernos: van mucho más allá de la aceptación de los hechos consumados o a punto de consumarse. Pero luego hay otros, los que no se implican porque sienten que, así como aunque el maldito progreso sea irreversible, algo de lo humano se va perdiendo y temen que ese algo a desaparecer con el libro sea, precisamente, la libertad. En las puertas de 1984, con las predicciones orwellianas más que adelantadas, es lo que piensa el profesor Fernando Lázaro Carreter: el hombre es hombre gracias al libro, y si éste desaparece, el hombre, tal como lo somos ahora, desaparecerá también.

«El libro», dice el profesor Lázaro Carreter, «es una de las conquistas definitivas de la humanidad. Le acompaña desde que el hombre pudo inventar la escritura, es lo que le ha permitido ser lo que es, lo que puede garantizar la presencia de lo humano en el hombre.» Pero ve Fernando Lázaro las señales de

que la lectura disminuye, de que «otras formas de expresión sustituyen al libro, y especialmente a la ficción, en la práctica y hoy: a la poesía —dice— la sustituyen los recitales de música. A la épica, en gran medida, el cine, y también los espectáculos de masas, los deportes. Y el género dramático —insiste— está indudablemente al final de su vida. Quienes tratan de luchar contra la crisis del teatro no se dan cuenta de que es un género herido de muerte, y quienes se obstinan en pensar que no puede morir olvidan que sí, que sí puede, como todo lo humano»...

«Queda», dice el profesor Lázaro, «la novela, que está persistiendo, y aun así, ya en 1912 Ortega apuntaba que también era un género tocado del ala... Y lo es, todos lo sabemos. Y, sin embargo, no ha encontrado sustituto propiamente dicho, es decir, otro lenguaje que sustituya en este caso el arte verbal.»

Son señales, pero piensa el lingüista y catedrático que «quedan, tienen que quedar, muchos lustros o siglos en que el hombre tendrá que tomar, como toma ahora, una pluma para expresarse, aunque el libro, en clara crisis hoy, se abra hacia otras cosas.» «Y tiene que ser así», dice, «porque es el libro garantía de lo humano, es decir, de la libertad. Por la naturaleza misma de la escritura, y hasta de la industria editorial, el hombre, gracias a los libros, está más protegido de las empresas, que a lo que tienden es al gobernar, a orientar gustos, etcétera. De todas las épocas más representativas han quedado siempre libros, que eran el refugio de los disidentes: aunque no se impriman en su país, aunque queden en manuscrito... Mientras, los medios audiovisuales tienen que estar por su propia naturaleza en manos de los grandes monopolios, forzosamente al servicio de algo, que podrá ser muy conveniente, pero... El libro es el refugio de la libertad: yo creo que siempre habrá un hombre o una mujer que podrán tomar una pluma para expresar, en cualquier género, su disconformidad. Y defender el libro es defender la libertad».

Lázaro Carreter es, sin lugar a dudas, un hombre de biblioteca, que escribe siempre a mano, con pluma estilográfica, con ese ritmo de pulsos entre la cabeza y los dedos que son impensables en el mundo del videoterminal. «La dimensión simbólica del libro», dice José Vidal Beneyto, «está enturbiando de tal manera el debate que lo descoyunta. Y las posiciones y la movilización en torno al tema del libro son fundamentalmente afectivas... Los *libroadictos* nos sentimos amenazados: no nos van a quitar la droga. Y no somos capaces de ver en las nuevas tecnologías algo más que una amenaza. Y no lo son: son el soporte de nuevas formas del libro».

Si no está ya aquí este nuevo libro, dice, es «exclusivamente un problema industrial». Porque el libro no va a desaparecer, va a encontrar otras maneras. «Puede, por ejemplo, conservar el soporte actual, aunque con otros materiales que no sean el papel, la pasta de

madera. Pero seguir siendo impresos sobre otra materia que no tardará en sustituir a la celulosa. Nos da la posibilidad de elegir el libro a la carta, que cada uno de nosotros seamos productores, que nos construyamos nuestros propios libros. Me refiero, sobre todo, al libro no literario, los ensayos, los análisis...»

El procedimiento tampoco es tan complicado: suponga que tiene usted en su casa un videoterminal, esa pantalla que puede ser la de su televisor, y ese teclado, similar al de una máquina de escribir común, con media docena de órdenes más, y tal vez su propia micromemoria, para archivar electrónicamente, y su impresora rápida. En cuestión de pocos minutos tiene usted en papel, si lo prefiere, o en pantalla en cosa de segundos, ese capítulo de ese libro que es estrictamente el que le interesa, y al lado, los párrafos pertinentes de otro, y de otro... Y no es complicado pensar que disponga usted, en poco espacio y en

*El libro es una
de las
conquistas
definitivas
de la
humanidad*



su propio cuarto de trabajo, que ya no necesita enormes estanterías, de una sofisticada y al mismo tiempo rápida y rudimentaria máquina encuadernadora. ¿Se da cuenta? Se puede hacer usted en casa su propio libro... Porque, dice el profesor Vidal Beneyto, «¿para qué comprar tantos libros que jamás leeremos? Es la pregunta de nuestros hijos: papá, ¿por qué compras todo eso que no lees?... En una vida normal», dice, «se pueden leer alrededor de 4.000 libros. Una biblioteca privada decente alcanza en seguida los 20.000 volúmenes... Y es que de un libro puede interesar sólo un capítulo, o tal vez un fragmento. El trabajo de selección, de buscar, de situar, lo puedes hacer con la máquina».

De la costumbre del papel a la pantalla catódica hay un paso de difícil adaptación. La pantalla va a acabar, dice el profesor Vidal Beneyto, con muchos mitos de la actual producción editorial. Por ejemplo, con el de la falsa abundancia de libros. «Se producen libros para tirarlos. De hecho, en todo Occidente es casi imposible encontrar en una librería cualquier texto publicado dos o tres años antes... Son los efectos perversos de un tipo de producción y distribución que no funciona». Efectivamente, un banco de datos bien organizado, esa biblioteca universal, esa nueva Babel que contiene *todo* cuanto se ha escrito, es, hasta ahora, un sueño mítico. Ahora puede ser realidad.

«Será barato», dice. «Y será más barato que el libro. En este momento se puede encontrar en el mercado, por 200.000 pesetas, un microordenador con impresora. Y se abaratará más. El problema es que, hasta ahora, los centros de difusión no han alcanzado la eficacia que pueden alcanzar.» «Yo creo que el INLE debería convertirse en eso, en un gran banco de datos, que pudiera poner a disposición todos los libros españoles. Claro que surge un problema legal y económico difícil de resolver: el de los derechos de autor, que se hacen menos controlables por la reproducción doméstica.»

Este es, seguramente, uno de los temas más urgentes, porque ya todos los audiovisuales y medios de reproducción rápida están poniendo en jaque el concepto de derechos de autor. Pero en cualquier caso, es un tema a resolver seguramente por el cambio social que la nueva tecnología traerá, como todas las revoluciones científico-técnicas, aparejado. Resolución no sin conflictos, y de la que ahora sólo vemos eso, los conflictos y tal vez algunas esperanzas.

Y es que, dice Vidal Beneyto, «en los procesos culturales es donde con más claridad aparece la verdadera naturaleza de la crisis actual: estamos en un proceso de mutación. La sociedad está cambiando, o mejor, está cambiada ya, y, naturalmente, necesita la adecuación jurídico-institucional pertinente».

Y sigue diciendo las ventajas del tema, del nuevo libro: «Que no me digan que nos coloca en manos de la gran industria, porque ya lo estamos: lo otro, lo que no es libro industrial, es confidencial. Y justo a esos niveles, el sistema es imbatible, porque hay un mundo de producciones telemáticas interpersonales que ahora es casi inimaginable». A nivel macro, la cosa es más complicada: ahí es donde aparece la sofisticada censura, la dirección cultural que hace de los actuales dirigismos un juego de niños, la presencia amenazadora del Hermano Mayor orwelliano... «Es que es en ese terreno donde hay que jugar la gran batalla: la batalla de la apropiación social diferenciada de las nuevas tecnologías.»

La revolución está aquí

El acabamiento por consunción de un montón de problemas, como la pelea por la televisión privada, es un síntoma más de la falta de previsión, de la ceguera de muchos de nuestros dirigentes políticos, industriales y culturales. «Sí», dice José Vidal Beneyto, «en cuatro años la oferta vía satélite será de 200 programas diarios, si no queremos cerrarnos al mundo, en plan Albania... Si queremos seguir siendo un país democrático, no podemos renunciar.»

Además, y volviendo al libro, lo vamos a seguir usando. A condición de que la industria española se ponga a ello, como están haciendo las grandes editoriales de todo el mundo. Porque «en cinco o seis años, y desde luego antes de diez, un equipo combinación de lo audiovisual y lo electrónico costará el equivalente a menos de 150.000 pesetas de hoy, incluyendo impresora *lasser*, de gran calidad y pequeño tamaño... Y no es ciencia ficción: es ciencia y técnica. Que, por otro lado, sirve al libro, porque, en este proceso de mutación de que hablaba antes, el libro sale beneficiado, según él: «La venta de libros ha aumentado en todo el mundo, y también ha aumentado la lectura. Hoy todo el mundo sabe, y está comprobado, que se lee más que hace veinte años. Experiencias como la que llevan a cabo en el Centro Pompidou, que tiene una oferta múltiple, por todos los medios de comunicación, prueban que aumenta el consumo o el uso de todo al mismo ritmo. Y comprueban también que, por ejemplo, quienes piden vídeos y pantalla, piden libros también. Y que quienes piden sólo libros suelen tener un nivel cultural inferior. Asistimos a procesos de culturización lineal, guiados por criterios simbólicos. Y el libro sigue siendo, es por excelencia, la casa del saber. Pasa esto a nivel de individuos, pero también de países: los países pobres se aferran mucho más al libro tradicional. Los otros se van instalando también en las otras modalidades».

Y esto es lo que hay, sólo el principio de un debate, la guerra del libro contra lo otro, una guerra que no tendrá lugar, porque ya se está celebrando. De todos depende —de unos más que de otros, hay que ser serio— el que no haya un vencido y humillado: el libro. Aunque venga de otra manera, vestido con otro traje, para conmocionarnos un poco, sorprendernos algo, asustarnos mucho. Que, en palabras de Fernando Lázaro Carreter, «los cambios son duros. Cuesta mucho instalarse en el mundo para que encima te esté cambiando constantemente».

ROSA MARIA PEREDA